

Paul VEYNE. *¿Creyeron los griegos en sus mitos? Ensayo sobre la imaginación constituyente.* Trad. de Héctor Jorge Padrón. Barcelona, Granica, 1987. 207 pp. Tapa: Silvia González.

En este ensayo, que exige para su total comprensión varias lecturas reflexivas y conocimiento de mitos y mitógrafos, Paul Veyne despliega una acabada erudición sobre pensadores antiguos (Platón, Aristóteles, Tucídides, Heródoto, Píndaro, Polibio, Cicerón, Galeno...) y modernos (San Agustín, Marx, Nietzsche...).

En un prólogo implícito, delimita el propósito de este libro: "estudiar la pluralidad de las modalidades de creencia". Y asegura que la relación mito-logos no se opone como el binomio error-verdad.

El primer capítulo -"Cuando la verdad histórica era tradición y vulgata"- compara al historiador antiguo con el periodista actual: ambos silencian las fuentes; verifican la información pero los dos quieren ser creídos básicamente por sus propias palabras. Nos recuerda además que así se editaban los textos antiguos siglo y medio atrás. En Grecia, la Historia se origina en la investigación, no en la discusión. Los historiadores modernos, en cambio, decodifican los hechos y admiten que los lectores, en su mayoría especializados, también lo hagan.

El segundo capítulo -"Pluralidad y analogía de los

mundos de la verdad"- define mitología griega como un género literario, ni verdadero ni ficticio, del cual no se duda pero en el que tampoco se cree. Era "el tiempo anterior, exterior y heterogéneo con respecto al tiempo actual". Veyne trae aquí a colocación los epinicios de Píndaro y se opone a Werner Jaeger para quien fue el poeta de la aristocracia helénica. Critica luego la literatura realista por considerarla falsa.

Evoca que, desde Tucídides, los racionalistas observan el mito como 'tradición histórica' y plantean algo ajeno a él: la dicotomía falso-verdadero. Explica después el ensayista cómo y por qué nace la Literatura genealógica.

A continuación, en "Reparto social del saber y modalidades de creencias", reflexiona sobre los distintos niveles de distribución del saber. Ejemplo: la Iglesia. El mito era 'información' aprendida sobre la base de la confianza, que es de todos modos la manera de creer más común y expandida. Veyne puntualiza las causas que motivan la incredulidad: la no sumisión ante la información del otro y la aparición de centros profesionales de verdad. Al respecto, rememora el sentimiento de la aristocracia helénica: si creían, obtenían ancestros ilustrísimos; si no lo hacían, se distinguían de la multitud. Luego digrega sobre lo imprevisible de la Historia debido menos a su continuidad que a su capacidad inventiva.

El cap. IV, "Diversidad social de las creencias y balcanización de los cerebros", establece que "las relaciones entre verdades son relaciones de fuerza". Los críticos en general eliminaban de la Historia la intervención visible de los dioses, rescatándolos de la superstición, e intentaban volver verosímiles a los héroes. Existían en el pueblo muchas supersticiones folclóricas, aceptadas por docilidad, espíritu respetuoso y/o inexperiencia, desde el s. V a. C. hasta el s. IV de nuestra era. Entre los doctos esto incita, por un lado, semicreencias, dudas, contradicciones, y por otro, la posibilidad de 'jugar' sobre varios niveles.

El estudio es categórico: los griegos sí creyeron en su mitología durante mucho tiempo, tal como las nodrizas, madres y maestros la narraban. La conocían globalmente, no en detalle. Remite, a modo de ejemplo, al "Discurso heroico" de Filóstrato. Por el contrario, desde el helenismo

hasta el s. XVIII, la mitología -erudita- exige del público un esfuerzo cultural. Es un receptor candoroso pero culto, que demanda una versión nueva de lo sobrenatural. Calímaco, Pausanias, Luciano son modelos elocuentes. Esta racionalización aparente se manifiesta en especial en Timeo. Alternan, coexistiendo, el rechazo de lo maravilloso y la convicción de que la mentira radical es imposible. (Toda leyenda tiene un fondo verídico). De allí que los escritores de las épocas helenística y romana compatibilizan esta capacidad simultánea de creer. Cf. los relatos de Apio sobre Dírraco y de Galeno sobre los Centauros.

El próximo capítulo se titula "Bajo esa sociología un programa implícito de verdad". La crítica de los mitos no significa demostración de una posible falsedad sino verificación de una dosis de verdad. Surgen entonces dos escuelas: el análisis por parte de los historiadores y la interpretación alegórica a cargo de filósofos, entre ellos, los estoicos. Plutarco es muy claro: la verdad es al mito como el sol al arco iris. Para Palefato, con optimismo racionalista, solo es posible lo que aún hoy existe, y en lugar de suprimir lo sobrenatural, lo depura.

Concluye Veyne:

"Frente a la edad mítica, los Griegos han tenido dos actitudes: la ingenuidad que quiere creer para encantarse y ese sobrio régimen en perpetuo suspenso que se llama hipótesis científica; pero no encontraron nunca la tranquila seguridad con la cual, al entrar en el período propiamente histórico, creen a través de la palabra de los historiadores en sus predecesores que aquéllos reproducen".

Continúa el cap. "¿Cómo devolver al mito su verdad aitológica?". La respuesta: eliminando todo aquello que no tenga un equivalente, como sucede en el mitógrafo Pausanias. De allí que Artemidoro clasifique los mitos en verdaderos, verosímiles e inverosímiles, aceptados por la historia, la literatura y la cultura general, respectivamente. Los pensadores se han vuelto evemeristas y la literatura mitoló-

gica deberá presentar de aquí en más coherencia cronológica, prosopográfica y biográfica.

En "El mito empleado como 'lengua convencional'" se estudia la transformación de éste en verdad retórica. En relación con esta modalidad verbal, alude a la afición y perduración de los panegíricos hasta fines de la antigüedad.

Casi ironizando, remarca que para confirmar las creencias los pueblos se sirven de la manipulación, antes, de oráculos; ahora, de índices estadísticos. Y argumenta además que en nuestra vida cotidiana también nosotros pasamos de un programa de verdad a otro (al respecto cita a Alfred Schutz) y que fuerzas varias balcanizan y bloquean dicha verdad, la cual se compone de una pluralidad de criterios. Por ejemplo, los helenos consideraban a sus dioses reales, pero en un entorno espacio-temporal distinto.

"Pausanias no consigue escapar a su programa": se detiene en este filólogo más que historiador, quien relató las leyendas absteniéndose a menudo a juzgarlas. Incluso admitió que, en algunos casos, los mitos revelaban certezas por medio de alegorías y enigmas; y en otros, decían literalmente la verdad. Veyne confiesa que le es difícil decidir si Pausanias habla en nombre propio o como filólogo.

De acuerdo con "Algunas otras verdades: la del falsario, la del filólogo", ha habido un programa de verdad según el cual alguien, Hesíodo u otro, hablaba verazmente. Se distingue entonces entre la 'historia-ficción' y la 'historia seria'. Insiste Veyne en que el rechazo de un mito no depende de un estudio o análisis más profundo sino sencillamente de un cambio de programa. A ello se suma la vaguedad de dichos programas. (Cf. Heidegger).

Delimita luego los campos propios de la Historia y de la Filología y ejemplifica con Estrabón, Eusebio y Plinio.

"Entre la cultura y la creencia en una verdad, es preciso elegir". Este último título habla por sí solo. Con sucesivas interrogaciones directas, nos guía hacia la noción de que la verdad es la más variable de las medidas, producto de la imaginación constituyente. Como sus programas se

basan en causas históricas, resulta imprescindible el aporte de tal ciencia.

En síntesis, es un material interesante, prolijamente investigado y ejemplificado. En su aspecto formal, la tipografía y el formato lo vuelven claro y manuable.

Dato final: pertenece a la Colección Plural, área Historia, para cuyos especialistas resultará altamente provechoso.

Elbia Haydée Difabio de Raimondo